

# LA NOVELA SEMANAL



**ASÍ** La Ciudad del Amor y la Muerte  
Por Julián de Charras.

PRECIO: **10** Centavos

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

## PARA LOS ESCRITORES

### NOTA DE LA DIRECCIÓN

El éxito que el favor público ha deparado a la «Novela Semanal», cuya creciente difusión y sanos propósitos han hecho de ella una lectura predilecta en todos los hogares, nos induce a recordar a los escritores — todos ellos ya consagrados, — de los cuales hemos requerido colaboración, la conveniencia de que éstas se encuadren, por su índole y tesis, en los elevados fines que perseguimos.

# LA CIUDAD DEL AMOR Y LA MUERTE

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

JULIAN DE CHARRAS

## I

A mediados del siglo XV, Venecia, la soberana del Adriático, aunque en el apogeo de su esplendor y poderío marítimo, llevaba ya, en su embriaguez de lujo y vanidad, los gérmenes fatales de la decadencia. Ninguna ciudad de Europa poseía tantas riquezas; en ella habían volcado las cruzadas todos los valiosos botines de sus conquistas. Cada piedra de sus templos, cada muro de sus palacios, ostentaba algún tesoro de las civilizaciones asiáticas. Para construir y embellecer su basílica en San Marcos, que debía superar en magnificencia a Santa Sofía, los tres mil barcos de la República habían traído, en sus viajes, columnas, capiteles, estatuas, ornamentos, lámparas, marfiles, alhajas, reliquias, vasos y mosaicos, del saqueo de Constantinopla, de Efeso, de Atenas, de los templos de Corinto, de Rodas, de Esparta, del Cairo, de Egipto y de Damasco. Colmó aquella iglesia maravillosa todo lo que la antigüedad considerara más hermoso y original: desde los caballos griegos que coronaran en Roma el arco triunfal de Nerón,

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PÍDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRÁNEO Y  
::: VENEDORES DE DIARIOS, LOS NÚMEROS ANTERIORES :::

hasta la célebre "palla d'oro" bizantina; desde las columnas de rojo antiguo del templo de Salomón, hasta los mármoles preciosos de los palacios de Tiro, Sidón, Alejandría, Nínive y Babilonia. Todos aquellos tesoros artísticos guardábanse en el templo de las cinco cúpulas, cuyos mosaicos sobre fondo de oro chispeaban reflejos multicolores como un palacio encantado... ¡Cuán sagrada debía parecer la ciudad a los aguerridos capitanes de sus navíos, cuando, en los últimos siglos de la Edad Media, avistábanla desde lejos, emergiendo de las olas, con su Campanile como un mástil gigantesco, mientras el sol, con fulgor de incendio, poníase tras la línea oscura de los Alpes Julianos!...

Aún continuaba abasteciendo a Europa de todas las maravillas de Oriente. Su flota traía, desde los remotos puertos de Levante, las más ricas telas de Siria, brocados de oro y plata, que se gastaban en las suntuosas cortes occidentales; y tapices de Persia, sedas de Antioquía, muselinas de la India, perlas de Ceylán, cristalería de Tiro, perfumes de Arabia, porcelanas chinas y tintes del Jordán y de Damasco. No tenía rival en la fabricación de los espejos ni en la orfebrería. Una muchedumbre abigarrada y cosmopolita hormigueaba diariamente en sus muelles y vías de tránsito. Y con aquel aspecto y espíritu bizantino que la caracterizaban, Venecia, la reina de los mares, opulenta y fantástica, presentábase a la imaginación, en la aurora del Renacimiento, como la Bagdad forjada en los ensueños de la Caballería.

Sin embargo, estaba herida de muerte. Había caído sobre ella la maldición de las ciudades de la llanura: "*Orgullo, abundancia de pan, abundancia de pereza*". Corrompidas las costumbres, degenerados los caracteres, el ansia del lucro era la brújula de todas las conciencias; y hasta la libertad, la suprema conquista de los hombres, extinguíase entre la indiferencia del pueblo, sin que nadie advirtiese su desaparición. El Consejo de los Diez, cruel e inexorable, con su poder absoluto, sus sombríos esbirros y sus sentencias tenebrosas, aterrorizaba los ánimos. Las bocas de bronce de San Marcos, esperando la delación anónima, producto acaso de infame venganza, semejaban un antro adonde la brisa llevara los más leves rumores de la ciudad. Después era el martirio, los Plomos, la muerte secreta... Luego, el canal Orfano, con sus aguas profundas y su lúgubre aviso: "*Se prohíbe echar aquí las redes*"...

Por eso, a pesar del fausto y los placeres que la rodeaban, la vida veneciana era terriblemente siniestra. Ninguno de los habitantes, desde el Dux hasta el más miserable pescador de las lagunas, estaba seguro de que la muerte no rondaba en torno de sus pasos. En los palacios magníficos deslizábanse la intriga y el espionaje, por pasadizos y escaleras secretas, auscultando, en asechanzas traidoras, el pensamiento y las acciones de sus moradores.

Por la noche, bajo el sereno encanto de la luna, mientras una falsa alegría decoraba la frivolidad y el bullicio de los salones, el fantasma del Crimen recorría los canales solitarios, y cada góndola que partía del recibimiento marmóreo de algún alcázar, por cuyas ventanas salía el son de la música, parecía correr impulsada por el hálito de misteriosa tragedia... ¿Quién contemplara las exterioridades de esa vida, la licencia de las costumbres, los bailes y las mascaradas bulliciosas del Carnaval, los brillantes ceremoniales y el diario trajín, a la luz del sol de la gente del pueblo no hubiera creído que una obsesión perenne, una congoja fatídica, gravitaba en el latir de todos los corazones, aun en medio de las fiestas!...

Leonello de Foggia lo sabía. Desde su taller de platero, próximo al Campo de San Polo, donde rendía culto intenso al arte, había podido concebir la triste realidad de aquella existencia dramática. Tres años llevaba de residencia en la ciudad, viviendo pobremente con lo que le producían los cincelados que ejecutaba para su protector Jacobo Fósari, el hijo del Dux; y, a pesar de su condición de artista extranjero y de no mezclarse en otros asuntos que los relacionados con su oficio, había escapado milagrosamente, más de una vez, a los sicarios pagados por colegas envidiosos.

Así que aquella mañana de junio, antevíspera de las grandes regatas, cuando se dirigía hacia el palacio Giustiniani, llevando una fuente de plata que Jacobo Fósari le encargara para regalar a la princesa Contarini, su prometida, el desilusionado artista iba cavilando sobre la forma posible de abandonar Venecia cuanto antes... Anhelaba volver a tierra napolitana; correr hasta un valle de los Apeninos, donde había una humilde casa, frente a la cual la corriente serpentina de un río, prestaba al paisaje cierta poesía de égloga virgiliana; allí había nacido; allí habían muerto sus padres; allí encontraría una hermana que lo abrazaría con sincera alegría, después de diez años de ausencia... Y en las veladas del hogar, él relataría a ella, a su esposo, a los sobrinitos, sus largos días de aprendizaje en la Milán tumultuosa y soberbia; los desafíos, las rivalidades; las vigiliias de estudio en los talleres de los orfebres florentinos; su amistad con el gran Ghiberti, con el genial Donatello, con Luca della Robbia; y también el desvelo por conquistar un laurel, por producir alguna obra notable...

En éstas y otras reflexiones llegó al palacio, después de un largo rodeo entre grupos que discutían acaloradamente. El joven aristócrata hizo pasar a su cámara, inmediatamente.

—Buenos días, mi querido Leonello — dijo; ¿qué nuevas me traéis?

—Juzgaréis de ellas, señor — repuso el interpelado, contes-

tando el saludo. En primer lugar, vuestro encargo cumplido; en segundo mi felicitación por la seguridad con que los "castellani" descuentan vuestra victoria en la Regata de pasado mañana.

El semblante de Jacobo se iluminó con satisfacción.

—Gracias. Trataré de responder a esa confianza de mis amigos. Mis fuerzas están en toda su plenitud. — y estiró los brazos en una tensión que hizo resaltar la potencia muscular bajo las estrechas mangas del jubón de seda... — ¡Así haremos rabiarse un poco a los *nicolotti*!... Luego agregó: pasemos a lo principal; deseoso estoy de ver vuestra obra de arte: mostrádmela.

Leonello descubrió el lienzo en que trafa envuelto su trabajo, dejando al descubierto una hermosa fuente de plata cincelada. Había puesto en aquella labor todo su talento de artífice, y Fós cari, al contemplarla, no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¡Magnífica! ¡es una maravilla! ¡sois un verdadero maestro!

Irradiaba la fuente con el reflejo del sol en los espejos. Representábase en ella un motivo pagano: una ronda de ninfas, danzando alrededor de un templete griego, al Amor, en cuyo frontis entrelazábanse, en florida filigrana, las iniciales de Fós cari y Con tarini.

Jacobo volvía y revolvía la fuente entre sus manos, analizando todos los detalles, contento por la excelencia del presente que haría; Leonello estaba gozoso de tal aprecio.

—Vais a beber a mi salud y yo a la vuestra, mi querido artista — dijo Fós cari, y, tomando de una mesita un botellón de cristal, llenó dos finas copas de rosado licor. — Dentro de quince días son mis esponsales. Os convido a que participéis de la fiesta en el palacio de mi padre. Allí haré que se admire por la concurrencia, vuestra obra de arte...

Y bebieron. Casi en el mismo instante un ayuda de cámara entró con una esquila para Fós cari.

—Un gondolero la ha traído. Dice que una dama de rostro velado se la dió en el desembarcadero de la Piazzetta, para que os la entregara.

Leonello retiróse discretamente, hasta una ventana que daba sobre el Gran Canal... Fós cari, que al principio sonriera, suponiendo una cita amorosa, púsose sombrío al leer detenidamente la carta. Y volviéndose al artista, exclamó:

—¡Qué cosa más rara!... Os voy a dar una prueba de confianza. Leed.

Y le alargó el papel. Leonello leyó: "*A Jacobo Fós cari: El amor, que es la fuerza más noble y poderosa de la vida, impulsa la mano que os escribe. Un peligro terrible os amenaza. Si queréis vivir, huid de Ve-*

*necia hoy mismo. Mañana pudiera ser tade. Oa lo ruega un alma que sufre.*"

Hubo un silencio elocuente. La inquietud se traslucía en el rostro de ambos.

—Verdaderamente que es misterioso este aviso — dijo, **pasándose** la mano por la frente, el artista. — Yo en vuestro lugar no sabría qué hacer.

—¡Bah, bah, amigo mío! — contestó riéndose Fóscafi, que se había recobrado de su primera impresión; — no creo que mi estrella tenga un signo tan fatal... ¿Quién puede quererme mal en Venecia?... ¡A no ser esos perros de *nicoloti*! ¡A esos sí que no les temo!

—Pues, si no hacéis caso del anuncio cuidáos por lo menos... Y si ni humilde persona puede seros útil...

—Os agradezco infinito, Leonello, tal ofrecimiento. Pero no demos tanta importancia a un anónimo; la advertencia que en él se me hace, me pone en guardia... Volvamos a nuestra conversación. ¡Creedme que se hablará mucho de vuestra fuente en mi casa! Ahora, si queréis, id a ver mi tesorero, quien os entregará una bolsa de escudos para remediar vuestras necesidades... Y venid a verme, después de la Regata; os espero...

Y al decir esto, apretó efusivamente las manos de Leonello, que no acertaba a retribuir tal afecto.

.....

Quando el artista se vió nuevamente al aire libre, siguiendo los muelles de las callejuelas estrechas y húmedas, donde el agua reflejaba las casas típicas de la ciudad, olvidóse de la escena anterior. Empezó nuevamente a pensar en sí mismo. Al desembarcar en una plazuela, encontróse entre un remolino de gente: algunos estudiantes de Padua habían armado descomunal escándalo, aporreando al dueño de un Guignol que daba allí función de títeres. Unas mujeres públicas que vieron al artista escurrirse entre la multitud, gritáronle:

—¡Eh, buen mozo; venid a pasear con nosotras!

Varios soldados sin contrata, que andaban en busca de pendencia, volvieron la cabeza: Leonello, temiendo por la bolsa que llevaba bajo el jubón, apretó el paso... Al doblar el palacio Bernardo lanzó un suspiro de alivio; pronto llegó a su casa, subiendo en dos saltos las crujientes escaleras hasta el segundo piso, en donde tenía su habitación y taller. Una vez en ella, cerró bien la puerta; y sacando la bolsa de escudos, la vació sobre el lecho... Una ventana única, daba luz al interior. En las paredes y rincones veíanse copias de obras de arte, reproducciones pictóricas de Angélico da Fiesole y Cimabue, bocetos tallados sin terminar... En una mesa, los utensilios de platero...

Leonello hundió, con avidez, sus dedos entre el montón de monedas de plata. Aquel dinero trafale un rayo de alegría; podría ser feliz, realizar su esperanza. Y en el fondo de su memoria, resplandecieron los ojos negros de una bella joven del Rialto, cuya ilusión perfumaba su vida... Fòscari habíale prometido que con su obra conseguiría un triunfo. Se le encargarían trabajos especiales; obtendría gloria, riqueza... De improviso recordó, para su mal, el misterioso anuncio que recibiera su protector... Y comprendiendo que Venecia era una ciudad trágica, bajo una tiranía invisible, donde nadie podía consolidar su dicha, aquel artista que iba por el mundo sin más patrimonio que su orfandad y sus buriles, dejó caer con desaliento la frente entre las manos, maldiciendo su época... Y como si una voz lejana se los repitiese al oído, volvió a escuchar los versos del Petrarra que tantas veces oyera a su maestro de Milán, en días sombríos para el pueblo:

*“Libertá, dolce e disiato bene!”*

*Mal conosciuto a chi talor no'l perde”.*

## II

El palacio Michieli era una de las mansiones más ricas y hermosas de Venecia. Los mármoles y azulejos de su fachada, dábanle un aspecto singular. Frondosos jardines realizaban, a los costados, su arquitectura. Y las trémulas aguas del Gran Canal, contribuían a ello, reflejando las ojivas y tréboles de las ventanas entre luminosos cambiantes.

¿Quién supondría que el interior de aquel palacio fuese fúnebre!... Y lo era. Residían allí Stefano Michieli y su hija Blanca, descendientes de aquel Dux que en el sitio de Tiro mató mil cien sarracenos por su propia mano. En nada se parecían padre e hija: él era de tipo enjuto, histérico, despótico; vestía siempre de negro y solía andar encaperuzado: ella parecía un lirio florecido en la sombra; rostro de ángel, manos plenas de piedad y corazón colmado de nobles sentimientos. Ambos erraban, como fantasmas de una grandeza muerta, por los salones cubiertos de tapices, espejos, pinturas, armaduras, de cruzados y muebles que sumaban una fortuna inmensa.

En aquella casa jamás resonaba el rumor de las fiestas; sus balcones no se abrían nunca. El último Michieli odiaba a muerte a los Fòscari: achacábales la corrupción de las costumbres. Y cuando Jacobo Fòscari llegó a ser el ídolo del pueblo, por su intrepidez y gallardía, creyó que, haciéndole desaparecer, aquella familia quedaría herida de muerte; entonces no se reparaba en

los medios... ¡Cuán lejano estaba Stéfano Michieli de suponer que su hija Blanca amaba a Fóscari!... Era un amor imposible, sin esperanza, que la joven deshojaba en silencio; uno de esos amores que únicamente pueden vivir en Venecia, con el alimento espiritual de las noches de luna. Sólo una vez había visto al hijo del Dux, en un ceremonial; hermoso como el Apolo del Belvedere, fuerte como un atleta de pentatlo. Y aunque sabía el compromiso de Fóscari, aquella visión, idealizada por el ensueño, vivía en el alma de Blanca como a través de un abismo.

Una noche que se desvelaba, entretenida en bordar, oyó voces extrañas en el aposento de su padre; y temiendo alguna conjuración suya acercóse a escuchar. Dos desconocidos estaban con Michieli; se hablaba de asesinar a Jacobo Fóscari; urdiábase la trama... A punto estuvo Blanca de desmayarse; un escalofrío recorrió su cuerpo y sus ojos cerráronse en la angustia de una súplica interna. Después, reaccionando, trató de enterarse de la conversación.

—En aquel sitio el golpe no puede fallar — decía Michieli —; dirán que es la venganza de una amante desdeñada. En cambio, el día de la carrera, podríamos provocar una represalia terrible de los "castellani".

—Además — dijo uno de los desconocidos —, no hay como la noche para despachar estos asuntos. ¡A fe de quien soy que no os quejaréis del trabajo! Confíad en nosotros...

—Muy bien, entonces, ya sabéis; el viernes a las once volveréis a verme; entrad igual que hoy, por la puerta chica del jardín; arreglaremos los últimos detalles... Pasad mañana por la tienda del armenio, en el Rialto; él os adelantará una parte de lo tratado por vuestra tarea...

Los desconocidos salieron. Blanca corrió a encerrarse en su alcoba, presa de honda crisis nerviosa; cuando ésta declinó, púsose a meditar.

—¡Lo salvaré! — dijo de repente —; ¡aunque sea a costa de mí vida!... Y escribió a Fóscari la carta anónima que éste recibiera...

Una góndola negra alejábase, en tanto, sobre las aguas, canal arriba. En ella iban los dos comprometidos con Michieli. La soledad era intensa. Alguna que otra barcarola lejana llegaba en la brisa, apagábase en una gradación cromática infinita, y parecía ascender, inmaterializarse y extinguirse en la serenidad de la noche... Aquellos sicarios sin alma, que vendían su puñal al mejor postor, no sentían la belleza del plenilunio; bajo sus antifaces negros brillaba, únicamente, la codicia... Al pasar frente a uno de los más suntuosos palacios, rieron con cinismo viendo una pareja que, en íntimo coloquio, divisábase sobre un balcón de la



segunda galería. Las manos entrelazadas, las caras juntas, indicaban que eran dos seres cuya aspiración suprema volaba lejos del mundo... La luz celeste del interior, dábales un fondo de poesía... Y quizás en ese instante imaginaban la felicidad eterna; y tal vez, embriagados de azul, en alas del ideal, transfigurábanse, bajo el claro de luna, en dos mariposas blancas que revoloteaban en torno de un misterio inefable...

¡Aquel era el palacio Contarini! ¡la pareja: Jacobo Fóscari y su prometida la princesa Elena!... ¡Así es la vida!... mientras el amor sueña, la traición pasa...

### III

El día señalado para la Regata, lució magníficamente. Como en los antiguos días de gloria para la República, la ciudad de las "cien islas" estaba empavesada de gala. El Senado, solemnizando el triunfo del condottieri Sforza sobre las tropas del Duque de Milán, había decretado fiestas extraordinarias.

Daban las dos en San Giacomo di Rialto, cuando Leonello, que saliera de su casa dispuesto a contemplar el espectáculo de aquella tarde, cruzaba el puente y se dirigía hacia San Marcos. Cuando llegó a la plaza, numerosas bandas de palomas pavoneábanse, tranquilamente, sobre las losas. El cielo, de un azul diáfano, parecía inmenso pabellón extendido sobre la ciudad. Al entrar en la Piazzetta la visión tornábase soberbia: a la izquierda el palacio ducal con su doble columnata y sus mosaicos rosados; sobre dos columnas, como restos de un colosal pórtico, el león alado de San Marcos y San Teodoro; allá, enfrente, la isla de San Jorge Mayor, poblada de cipreses, sobre el espejo del mar... La grandiosa escalinata de la Piazzetta rebalsaba de gentío... Leonello mezclóse entre la muchedumbre y tendió la vista, deslumbrado por el conjunto; desde el puente de la Paja y el malecón de los Esclavones hasta los distantes jardines públicos, gentes llegadas de todas partes apiñábanse en medio de músicas y algazara; hacia la derecha la animación inusitada prolongábase hasta el Rialto por el gran canal. El atrio y la soberbia gradería de Santa María della Salute estaban llenos de mujeres, niños y ancianos. En las galerías, balcones y pórticos de los palacios no cabían más senadores, damas y nobles: colgaban, doquiera, terciopelos y sedas bordadas de oro y plata, valiosos tapices, flámulas, gallardetes y banderas con escudos heráldicos, de una policromía pintoresca que, iluminada por el sol y movida por la brisa marina, multiplicábase en el reflejo de las aguas como una orgía de colores. Agrupábanse junto a los muelles, embarcaciones plenas de concurrencia, góndolas de cuatro remos, caiques turcos, juncos

chinos, barcas de ocho remos, con templetes ornados de cendales platicados, trofeos de armas, sirenas, amores y quimeras. Algunas barcas tripuladas por jóvenes patricios recorrían el canal, advirtiendo con inofensivas flechas doradas a los gondoleros que estorbaban el paso.

El principal interés de la carrera estaba en el perpetuo antagonismo de los habitantes de Castello y San Nicolo. Aquel encono contaba siglos; venía desde los primitivos fundadores de la ciudad. Era casi una lucha de clases, pues los *castellani* representaban la parte oriental de Venecia, donde residía la aristocracia, las familias patricias inscriptas en el "*Libro de oro*"; y los *nicolotti* eran el pueblo bajo, los gremios, los pescadores... Graves choques habían determinado al Senado a permitir que los últimos nombrasen un Dux especial, para presidir los juegos. Se le llamaba "*Gastaldo dei Nicoletti*"... Desde entonces, decían con sorna, a sus rivales castellani:

*"Ti, ti voghi il Dose, c c mi vogo col Dose".*

Había, por todas partes, intransigencia en los ánimos, que se exasperaban con las discusiones, dando que hacer a los guardias para que los espectadores no llegasen a las manos; los gorros y fajas, azules y rojos, denunciaban el bando a que cada cual pertenecía; las mujeres demostraban también su preferencia, con tales colores. Defendíanse los candidatos propios. Y desde la isla de San Pedro hasta el campo de Marte no había quién no los tuviera. Para los venecianos nada era más interesante ni trascendental que el triunfo de su fracción; hasta en eso se proyectaba la influencia de Bizancio.

—¡Donato Morosini es el más fuerte remero del Veneto! — afirmaba a gritos uno de los que esperaban el pasaje en la escalinata de la Piazzetta —; ¡nadie lo vencerá! ¡ay de los *castellani*!...

—Solamente Fóscari, replió un habitante del Arsenal. Ese es el que no tiene rival; ni los barqueros viejos de San Giorgio.

—¡Pues yo, agregó rotundamente un *nicolotti*, tabernero del Rialto, con marcado acento maltés, afirmo, por San Teodoro, que Doménico Lombardi será el campeón esta vez! ¡Y apuesto una pipa de mi mejor vino añejo a que es así!...

Un clamor que se extendía con la rapidez de una ola llegó desde los jardines públicos, remontando el Canal entre la agitación de la multitud:

—¡Ya vienen! ¡ya vienen!

Efectivamente; había retumbado el cañonazo de señal; eran las cinco y media de la tarde. Y los justadores, inclinados en el esfuerzo inicial, impulsaron a sus esquifes con la velocidad de un ave marina que volase a flor de las aguas...

En el Molo, dos sujetos de mala traza, que por su traje revelaban ser de los tantos mercenarios o "bravi" sin contrata, florentinos y milaneses, que infestaban la ciudad, parecían particularmente interesados en descubrir a alguien entre los veinticinco o treinta remeros que avanzaban por la cancha.

Fíjate bien para conocerle — decía uno de ellos —: es el que lleva esa gran borla de oro sobre la gorra *castellani*.

—¿Aqué! ¿El de los cabellos rizados, que va segundo?

—¡El mismo!... No te olvides de su rostro si quieres que la cosa salga bien.

Un espectador que, detrás de ellos, había escuchado tales palabras y seguido la indicación de los sujetos, se estremeció: ¡señalaban a Fósca!!

—¡Hum! — murmuró para sí — estos pajarracos me parecen de mal agüero. Trataré de seguir sus pasos... Y se puso a conveniente distancia, para no perderlos de vista... ¡Era Leonello, que había buscado en aquel punto su ubicación!

Entretanto la carrera seguía su curso; ambos bandos disputábase, encarnizadamente, la delantera. Pasaron frente a la Salute casi en la misma línea. La gritería era tumultuosa y entusiasta.

—¡Avanti sempre! ¡avanti, Doménico! — vociferaba el tabernero, elevando su voz sobre todas.

—¡Por Neptuno! ¡que les gana Sandro! — rugía otro.

—Vía, vía, Fósca! — clamaban los *castellani*, entre aplausos atronadores; "vía, vía!"... Redoblaban sus esfuerzos los remeros, estimulados por aquellas explosiones de simpatía; y las aguas iban llenando de flores arrojadas por las damas en el delirio de la ovación.

Así, en alternativas, llegaron los esquifes al canal Canareggio, donde dieron vuelta alrededor de un poste colocado en el centro de las aguas. De allí, según lo establecido, regresaron en la etapa final hacia la meta, que era el palacio Giustiniani... Todos los rostros expresaban la honda emoción de la espera... Un grito soberano que rasgó los aires, llevándolo la nueva de extremo a extremo del Gran Canal, aclaró el resultado. Las palomas de San Marcos volaron, asustadas, sobre la muchedumbre. Los *castellani*, damas, patricios y niños gritaban con frenesí nunca visto:

—¡Fósca! ¡Fósca! ¡victor! ¡victor!

Jacobo Fósca, al reaparecer los esquifes, venía adelante, con una ventaja de cien yardas. Ya no había alcance posible, ni duda sobre el triunfo... Y aquella aclamación general, imponente, que brotaba de barcas, muelles y balcones, corriendo a la par del remero vencedor, provocó una lluvia de flores en su torno. De lo alto de un palacio cayeron numerosos jazmines: ¡era la silenciosa ofrenda de Blanca Michieli, que había volcado al paso de Jacobo los floreros de su alcoba!...

Media hora después, ya con todos los honores de la victoria, Jacobo recibía en el palacio de su padre, el Dux, los cumplimientos y felicitaciones de estilo. Los *nicoloti* habíanse retirado sombríos; en cambio los *castellani* comentaban, gozosamente, su triunfo. Mientras las gentes dispersábanse hacia sus hogares, cientos de embarcaciones recorrían el Canal. Era la hora del crepúsculo; hermosas mujeres rubias soñaban en los balcones, contemplando las nubes purpúreas del Poniente. Gran número de señores ricos y damas galantes dirigíanse en sus góndolas hacia la Giudecca, de cuyos jardines llegaban brisas perfumadas; iban a cenar bajo los naranjos y granados florecidos... La fiesta del día había terminado.

## IV

Hemos dicho anteriormente que Leonello estaba enamorado. Era verdad. Un día, debiendo terminar un bajorrelieve que representaba a la Samaritana dando de beber a Jesús, tiró sus cincel al suelo, con desesperación. No acertaba con la expresión de la fisonomía femenina... Salió a la calle y anduvo vagando por el mercado de fruta y el Rialto. Buscaba alguna cara de mujer del pueblo que le diera la idea anhelada... Y solamente hallaba rostros vulgares, sin belleza, sin alma...

En uno de los muelles vecinos al puente, existía un gran bazar de telas, ostentando sobre su entrada la figura de un dragón. Al pasar por allí oyó gritos de socorro que partían del interior. Penetró apresuradamente en él y encontró a una joven y un viejo armenio, de hopalandá y turbante, que pugnaban por sofocar el incendio que se había declarado en unos fardos de algodón de Egipto. Ayudóles a extinguir el fuego. Después, fatigado, solicitó un vaso de agua... Hasta entonces no había reparado mayormente en la joven, que vestía como las mujeres de Siria, pero cuando ella vino con la jarra y una copa a ofrecerle el solicitado refresco, Leonello quedóse asombrado... ¡Aquel rostro era el que buscaba para inspirarse! ¡Aquellos ojos negos, expresivos! ¡Aquella nariz aguileña!... ¡Y en poco estuvo que saliera corriendo, sin aceptar el agua ofrecida, rumbo a su casa, a terminar el trabajo trunco bajo la impresión de tal instante!

Desde entonces el artista volvió frecuentemente a la tienda. Iba a estudiar aquella cara, de la cual se fué enamorando sin saberlo.

Y ante esa asiduidad, también el corazón de Amilda, que así se llamaba la armenia, sintió que el platero, con sus rizados cabellos negros y tez pálida, no le era indiferente. En cambio el viejo, que proyectaba buscar para su sobrina un casamiento pro-

vechoso, no vió con agrado dicho festejo y cortó sus relaciones con Leonello, por un fútil pretexto. Los amantes buscaron otro medio de comunicación; y por las ventanas posteriores de la casa, que daban a un canal solitario, siguieron entrevistándose furtivamente...

Leonello, a quien dejáramos en acecho de los sujetos sospechosos que señalaron a Fóscari, desde el Molo, no había logrado su intento. Cuando, después de terminada la carrera, la multitud empezó a retirarse los "bravi" se eclipsaron entre los remolinos del gentío. El artista quedó disgustado; hubiera dado todo lo que poseía en su humilde taller por poder enterarse de lo que fraguaban los dos desconocidos aquellos. Pero en vista de que no había otro remedio, optó por encaminarse a paso lento hacia el Campo San Polo...

Esa misma noche tenía cita con su amada. Y cuando en la iglesia de San Roque, cercana a su vivienda, sonaron las nueve, tomó el camino habitual, envuelto en una capa de las que se usaban por entonces.

Al llegar a la ventana de Amilda, ocultándose entre las vides que crecían y se desarrollaban en largos enrejados por el muelle de aquel canal, encontróse con que la joven le aguardaba intranquila.

—Temía que no vinieses, — dijo con temblorosa voz — y como tengo una grave comunicación para tí... Sabes que en el bazar de mi tío se surten muchas familias patricias. Una de ellas es la de Michieli. Con Blanca, la hija del patricio, me liga una gran amistad, que ella me ha dispensado. Yo soy quien la atiende siempre... Pues bien, esta tarde ha venido a verme, excesivamente nerviosa... Y me ha revelado un plan terrible en el que está complicado su padre... ¡Ah, Leonello, tengo miedo!

—¡Habla, Amilda; no sabes cuánto me interesa esto! — dijo ansioso el platero, que presentía alguna relación con el misterio que le preocupaba.

—¡Se proyecta asesinar al hijo del Dux!

Leonello, que no esperaba tan repentina declaración, tuvo un sobresalto visible.

—¿Dónde? ¿Cómo?... ¡Habla!... Y apretó, inconscientemente, las pequeñas manos de la joven, que retenía entre las suyas.

—Creo que en una fiesta... Quien sabe todo eso es la hija de Michieli... Ella quiere salvarle. Y enterada por mí de que eres mi novio y conoces a Fóscari, me ha rogado que te vea para que la ayudes...

—¡Amilda! — gimió el artista —, ¡tú sabes que Jacobo Fóscari es mi protector, mi amigo! ¡Dime lo que debo hacer!

—Mañana, a las diez de la mañana, una góndola con las cor-

tinas corridas esperará junto al puente de San Paterniano. Entra en ella. Allí encontrarás a la patricia y a mí, y sabrás la cooperación que te pide...

Los amantes, después de las tiernas promesas de siempre, despidiéronse hasta el día siguiente. Y Leonello, palpitando sin nuestros sucesos, se encaminó a su casa por los desiertos callejones, no sin apretar de vez en cuando el pomo del puñal que llevaba al cinto, pues le parecía que a cada ángulo de un palacio o vuelta de los muelles estaba la muerte esperando su tránsito...

V

Los espadachines que Leonello perdiera de vista al final de la regata, eran los sicarios comprados por Michieli. Como todos los de su oficio, que vagaban por las ciudades de la alta Italia, no tenían paradero fijo dentro de ellas, a no ser que el dueño de algún mesón se enredara en sus tratos o les proporcionara "clientes". No siendo así, dormían en cualquier posada, por la madrugada; al mediodía salían a husmear negocios o aventuras que les reportaran escudos, y por la noche ventilaban los "asuntos" encargados por las gentes ricas o daban de puñaladas y arrojaban al agua a los que, con la escarcela llena, se arriesgaban por lugares solitarios.

Así que aquella tarde, los sujetos de que nos ocupamos, después de andar al azar durante un buen rato, entre el bullir de la gente, siguieron hacia el Rialto, donde quedaban las tabernas más concurridas. En ellas se encontraba cena barata, buen vino y algunos parroquianos con quienes jugar unas monedas a las cartas.

Iban atravesando el puente, sobre el Canal Grande, cuando uno de ellos, que tenía una cicatriz que le atravesaba toda la mejilla derecha, dijo con aire preocupado a su compinche:

—¿Que el diablo me lleve, si el armenio que nos adelantó el dinero de Michieli el otro día, no posee algún tesoro escondido, en su casa!

El compañero, que iba distraído, se paró en medio del puente.

—¿Por qué lo dices, Renato?...

—¿No te fijaste en la cadena que llevaba al cuello? Pues en esa cadena hay una pequeña llave cincelada: debe ser de un cofre... ¿Y qué puede guardar en un cofre ese viejo?

—Tienes razón: joyas o dinero.

—Cualquiera de las dos cosas. Si fuese así...

Un grupo de transeúntes les hizo cambiar de conversación...

Una vez en la taberna a que entraron, donde el humo de las pipas, las discusiones y el vino, caldeaban el ambiente, posesiona-

dos de una mesa que daba junto a la única ventana de la sala, reanudaron nuevamente la plática trunca.

El más alto de ellos, que denunciaba ser florentino por su traje negro y su puñal de misericordia con la cruz cincelada, volvió sobre el motivo, mientras cenaban...

—Con que a tí te parece que el viejo del bazar oculta algo muy valioso...

—Estoy casi seguro de ello.

El otro nada dijo; llenó los vasos de vino y se quedó mirando fijamente la botella... Indudablemente también habíale interesado la sospecha del compañero... Pasó otro rato, en que ambos, callados, atendían a la cena. De pronto, el florentino dijo:

—¿Y por qué no habíamos de tentar la suerte?... El armenio está solo, pues a la muchacha no la cuento... En todo caso, Renato, te la cedo...

La mirada del bandido relampagueó con el deseo impuro...

—A la verdad, no me disgusta tu idea, Octavio; y la muchacha tampoco... Pero... creo que el trabajo que nos ha encomendado el patricio no debe desatenderse; está bien pago... Solamente que hiciéramos una combinación.

—Hazla tú, que tienes más imaginación. Pero la ocasión no hay que perderla, porque quizás con acogotar a ese viejo salgamos ganando más... Yo ando con deseos de una partida benéfica para pasar a Francia; ¡dicen que está tan bueno aquello para andar a mandobles y ponerse rico!...

—Atiende mi plan, entonces: a la mañana siguiente de nuestro compromiso con Michieli, cuando vayamos a arreglar cuentas en la tienda del armenio, tú lo entretienes después de cobrar nuestra paga y yo lo sujeto de atrás... Lo amordazamos, para que no grite... y si grita, tú tienes ese cachorro que muerde tan fiero en el corazón...

Y miró el puñal de misericordia, que Octavio llevaba en el cinturón de cuero.

—Pues bien, dijo éste; trato hecho: primero el veneciano, después el armenio... Y si tienes acierto, en cuanto al tesoro... ¡Adios, Venecia!

Una sonrisa irónica corrió por los apretados labios de Renato. Bebieron otra vez... En las demás mesas algunos pescadores discutían la carrera, censurando a sus campeones *nicoloti*: varios marineros de Pesaro entonaban en coro una canción napolitana... La moza tabernera iba y venía con jarros y botellas, entre dichamachos picantes de los ebrios... Afuera corría, mansamente, el agua del canal, con intermitentes ondulaciones plateadas...

VI

A los cuatro o cinco días de la gran fiesta que tanto entusiasmará a los venecianos, una tarde apacible y fresca de verano, conversaban en uno de los salones del palacio de Michieli el patricio Stefano y un personaje interesante: el armenio de la tienda del Rialto. Sombrío como siempre, Michieli sentado en un sillón de grandes brazos y respaldar con blasón tallado, escuchaba las palabras del viejo; éste, con su hopalanda verde y turbante a rayas, la nariz como pico de águila y ojillos de víbora, tenía más bien el aspecto de judío que de armenio. El diálogo era el siguiente:

—En la última carta que me escribe el secretario de su Alteza serenísima...

—¡Callad; las paredes oyen en Venecia! — dijo levantándose y sacudiendo el brazo del viejo, Michieli... — ¡Decid simplemente Felipe!

—Bien — continuó el tendero, mirando a todas partes y bajando la voz —; el secretario de Felipe me anuncia que pronto llegará a la ciudad un enviado suyo para vos. Vendrá disfrazado de comerciante pañero y tiene amplias instrucciones para arribar a un acuerdo. En vuestras manos está subir al poder en Venecia... Tendréis un aliado poderosísimo. Y entonces, seguramente, agregó con expresión de visible interés, no echaréis en olvido a los amigos...

—¡Ah, si mis proyectos se realizan!... ¡Aplastaré a esta aristocracia viciosa y fatua como se aplasta la cabeza de reptil bajo la bota!... Creedme, Efraim, que si alguien puede todavía salvar a la República, del abismo a que la lleva la dominación de los Fósari, soy yo... Sacrificaré algunos territorios conquistados, en favor del duque de Milán; pero con su alianza y la ayuda del condottieri Piccinini, nuestra amada ciudad será redimida de todo lo espúreo y abyecto... ¡lo juro por la memoria de mis antepasados!... Y miró hacia una armadura de acero, con un grifo de cimera, que estaba en un rincón de la sala.

—Yo también lo creo así y por eso os sirvo fielmente — dijo con gesto hipócrita el armenio, inclinándose — ¡Veo en vos al futuro Dux!

—Si continuáis observando esta conducta os tendré en cuenta. Además vuestra vida está en mis manos. Ya sabéis.

Esta amenaza pareció surtir efecto en el ánimo del viejo tendero, que agrió el gesto, lo que pasó desapercibido a Michieli.

—Antes de que os retiréis — siguió éste, quiero preguntaros algo —: ¿arreglásteis cuentas con los florentinos que os envié?

—Sí; cumplí vuestra orden... Si nada más tenéis por el mo-



dos de una mesa que daba junto a la única ventana de la sala, reanudaron nuevamente la plática trunca.

El más alto de ellos, que denunciaba ser florentino por su traje negro y su puñal de misericordia con la cruz cincelada, volvió sobre el motivo, mientras cenaban...

—Con que a tí te parece que el viejo del bazar oculta algo muy valioso...

—Estoy casi seguro de ello.

El otro nada dijo; llenó los vasos de vino y se quedó mirando fijamente la botella... Indudablemente también habíale interesado la sospecha del compañero... Pasó otro rato, en que ambos, callados, atendían a la cena. De pronto, el florentino dijo:

—¿Y por qué no hablamos de tentar la suerte?... El armenio está solo, pues a la muchacha no la cuento... En todo caso, Renato, te la cedo...

La mirada del bandido relampagueó con el deseo impuro...

—A la verdad, no me disgusta tu idea, Octavio; y la muchacha tampoco... Pero... creo que el trabajo que nos ha encomendado el patricio no debe desatenderse; está bien pago... Solamente que hiciéramos una combinación.

—Hazla tú, que tienes más imaginación. Pero la ocasión no hay que perderla, porque quizás con acogotar a ese viejo salgamos ganando más... Yo ando con deseos de una partida benéfica para pasar a Francia; ¡dicen que está tan bueno aquello para andar a mandobles y ponerse rico!...

—Atiende mi plan, entonces: a la mañana siguiente de nuestro compromiso con Michieli, cuando vayamos a arreglar cuentas en la tienda del armenio, tú lo entretienes después de cobrar nuestra paga y yo lo sujeto de atrás... Lo amordazamos, para que no grite... y si grita, tú tienes ese cachorro que muerde tan fiero en el corazón...

Y miró el puñal de misericordia, que Octavio llevaba en el cinturón de cuero.

—Pues bien, dijo éste; trato hecho: primero el veneciano, después el armenio... Y si tienes acierto, en cuanto al tesoro... ¡Adios, Venecia!

Una sonrisa irónica corrió por los apretados labios de Renato. Bebieron otra vez... En las demás mesas algunos pescadores discutían la carrera, censurando a sus campeones *nicoloti*: varios marineros de Pesaro entonaban en coro una canción napolitana... La moza tabernera iba y venía con jarros y botellas, entre dichamachos picantes de los ebrios... Afuera corría, mansamente, el agua del canal, con intermitentes ondulaciones plateadas...

A los cuatro o cinco días de la gran fiesta que tanto entusiasmara a los venecianos, una tarde apacible y fresca de verano, conversaban en uno de los salones del palacio de Michiell el patricio Stefano y un personaje interesante: el armenio de la tienda del Rialto. Sombrío como siempre, Michiell sentado en un sillón de grandes brazos y respaldar con blasón tallado, escuchaba las palabras del viejo; éste, con su hopalanda verde y turbante a rayas, la nariz como pico de águila y ojillos de víbora, tenía más bien el aspecto de judío que de armenio. El diálogo era el siguiente:

—En la última carta que me escribe el secretario de su Alteza serenísima...

—¡Callad; las paredes oyen en Venecia! — dijo levantándose y sacudiendo el brazo del viejo, Michiell... — ¡Decid simplemente Felipe!

—Bien — continuó el tendero, mirando a todas partes y bajando la voz —; el secretario de Felipe me anuncia que pronto llegará a la ciudad un enviado suyo para vos. Vendrá disfrazado de comerciante pañero y tiene amplias instrucciones para arribar a un acuerdo. En vuestras manos está subir al poder en Venecia... Tendréis un aliado poderosísimo. Y entonces, seguramente, agregó con expresión de visible interés, no echaréis en olvido a los amigos...

—¡Ah, si mis proyectos se realizan!... ¡Aplastaré a esta aristocracia viciosa y fatua como se aplasta la cabeza de reptil bajo la bota!... Creedme, Efraim, que si alguien puede todavía salvar a la República, del abismo a que la lleva la dominación de los Fósari, soy yo... Sacrificaré algunos territorios conquistados, en favor del duque de Milán; pero con su alianza y la ayuda del condottieri Piccinini, nuestra amada ciudad será redimida de todo lo espúreo y abyecto... ¡lo juro por la memoria de mis antepasados!... Y miró hacia una armadura de acero, con un grifo de cimera, que estaba en un rincón de la sala.

—Yo también lo creo así y por eso os sirvo fielmente — dijo con gesto hipócrita el armenio, inclinándose — ¡Veo en vos al futuro Dux!

—Si continuáis observando esta conducta os tendré en cuenta. Además vuestra vida está en mis manos. Ya sabéis.

Esta amenaza pareció surtir efecto en el ánimo del viejo tendero, que agrió el gesto, lo que pasó desapercibido a Michiell.

—Antes de que os retiréis — siguió éste, quiero preguntaros algo —: ¿arreglásteis cuentas con los florentinos que os envié?

—Sí; cumplí vuestra orden... Si nada más tenéis por el mo-

mento que decirme, permitiréis que me retire; está en la tienda mi sobrina sola y suelo tener mucha gente a estas horas...

—Andad, — repuso secamente Michieli. — ¡Y cumplid bien mis mandatos!... ¡Ya sabéis que puedo mucho contra vos! — recalcó, con evidente amenaza, quizás porque estaba habituado a dominar a su acólito.

Salió el viejo armenio, haciendo una gran reverencia a Stefano... Pero, una vez lejos de allí, se detuvo y girando sus ojillos grises, con irritación, exclamó, tan imperceptiblemente que nadie le oyera:

—¡Stefano Michieli, crees atemorizarme porque sabes ciertos malos pasos míos! ¡Yó podré más que vos! ¡Tú irás a los Plomos, yo me quedaré con tus riquezas!... Y siguió con su andar, encorvado, lento, con una figura como debió ser la de Oeshaverus o la de Shylock...

No haría media hora de la salida del viejo. El patricio, traidor y criminal, paseábase por la estancia, mascullando frases incomprendibles que respondían sin duda a ideas íntimas, cuando unos golpecitos discretos en la puerta de la galería hicieronle volver.

—¡Me había olvidado! — murmuró, y fué a abrir.

Eran los dos florentinos, secuaces suyos en el plan contra el hijo de Francisco Fóscafi.

—Cumpliendo vuestras órdenes, — dijo uno de ellos — aquí nos tenéis.

... Blanca, que desde su ventana había observado la llegada de los bandidos, escuchaba desde el inmediato aposento, que daba a su alcoba. En su semblante había ahora una serenidad sorprendente: parecía animada por un espíritu superior a su naturaleza...

Un buen espacio de tiempo pasaron los sicarios con Michieli, concertando la acción trágica. Lugar, hora y detalles fueron arreglados.

—El baile ha de ser sumamente concurrido — afirmó Michieli. — Con la invitación mía entraremos los tres... Además he averiguado que Jacobo irá con un dominó verde y lazos rosados en los hombros; para saberlo he tenido que hacer comprar a uno de sus sirvientes...

Ya estaban encendidas todas las luces, que ponían reflejos amarillos y rojos en las aguas del Canalasso. La entrevista terminó después de un minucioso arreglo para que no se pudiese descubrir el delito; y los florentinos retiráronse con la mayor tranquilidad del mundo, por la puerta secreta del palacio. Blanca, enterada de todo, repitió nuevamente aquella frase primera, en que se revelara su abnegación y firmeza:

—¡Lo salvaré, aunque sea con mi vida!

Esa misma noche, que se pusiera luego anubarrada y obscura, un bulto humano deslizábase apresuradamente por los muelles, en dirección a San Marcos. Parecía un hombre envuelto en una vestidura amplia y por la forma precaucional con que buscaba los ángulos y huecos de las casas, tratando de evitar todo encuentro o mirada que le descubriera, daba la impresión de un ladrón o asesino que huyese... Ya estaba cerca de la plaza, cuando al doblar cierta esquina vió una embarcación con farol rojo, que velozmente venía en sentido contrario... El hombre, temblando de pies a cabeza, se guareció en la sombra de un pórtico... La barca pasó como una exhalación junto a él; un extraño pasajero vestido de rojo iba en ella con varios enmascarados: era el verdugo.

—¡La "góndola de la muerte!" — murmuró el desconocido, castañeteando los dientes; y sólo después de un rato siguió su camino, con igual precaución que antes. Al entrar en la plaza, buscó hacia la izquierda algo que no veía bien. Allí había un león de bronce, con las fauces abiertas, como un monstruo esperando una presa... La mano del hombre misterioso deslizó un papel en la boca del animal... Después, con el mismo sigilo que a la venida, volvió a hundirse en la sombra de los muros.

Si alguien lo hubiera seguido, hubiese reconocido en él, cuando llegó al Rialto y los faroles del puente ilumináronle el rostro, al armenio, el tío de la amada de Leonello... ¡A traidor, traidor y medio! ¡Stefano Michieli vendía a la República para lograr el poder; el taimado tendero vendíale a él, para quedarse con el dinero que el patricio le confiara en previsión de cualquier desgracia!

## VII

Un blanco cendal envuelve a los palacios. La luna, en el éter, tiene cierta mueca macabra en su trágica palidez; guían las estrellas; vuela un rumor de risas locas y fugitivas en el viento...

Góndolas con guirnaldas de flores, iluminadas, doblan los estrechos canales, rápidas como flechas firmes los barqueros en la popa. Se oyen voces: "¡sia premi!... ¡sia stati!... ¡sia di lungo!..." y las embarcaciones, con sus cámaras de terciopelo negro, se cruzan sin rozarse, llevando guerreros antiguos, reinas asirias, polichinelas, cortesanas de Alejandría, astrólogos, hebreas de collares rojos...

¿A dónde van las máscaras?... ¡Es la primera noche del Carnaval!... En uno de los canales detiéndose las góndolas, frente a un gran palacio ampliamente iluminado... ¡Allí es la fiesta, el baile, la mansión a donde Venecia aristocrática, corre a olvidar y a lucir el atavío de sus desposorios con la locura!

Están abiertas, bajo el pórtico, las grandes puertas con ador-

nos de hierro. Resplandecen en la escalera suntuosa del interior las trémulas arañas de cristal. Multiplican los biselados espejos el radiar de las luces... Y la mascarada, como un río de colores, sigue penetrando bulliciosamente en los salones. Los disfrazados buscan orientación y se dispersan; unos hacia los dueños del palacio, otros en pos de la aventura, algunas parejas en procura de la penumbra propicia para el poema íntimo... Las orquestas continúan vibrando, con acordes melodiosos; y el torbellino de los danzarinés gira, gira vertiginosamente, con júbilo, con la voluptuosidad del ritmo, en una combinación de trajes que subyuga, embriaga, fascina... Por las puertas, bajo los cortinajes de seda, corren hacia el jardín innumerables máscaras: hermosas venecianas vestidas de Colombinas y Casandras, que bajo el negro antifaz sonríen enseñando doble hilera de perlas; trovadores de laúd terciado; cruzados incógnitos; arlequines de cuadros rojos y negros, con el tintineo de los cascabeles... Las frondas empiezan a sentir rumor de besos y suspiros... Las glorietas y los bancos, iluminados con globos rosados, verdes, violáceos, oyen declaraciones de amor o quejas de celos... Por los senderos vagan dominós errantes y alguno que otro Pierrot melancólico...

En uno de los refugios floridos — "la glorieta azul" —, descácase un grupo singular: la princesa Contarini y algunas damas de su intimidad, libres del antifaz, comentan la fiesta. Ella luce blanco cuello de encajes flamencos sobre el traje oro y rosa; y sus trenzas rubias combinan armoniosamente con el vestido... Sonríe la princesa: a su lado, un dominó verde, con lazos rosados en los hombros, la galantea... Es Jacobo Fóscaari... La música sigue desgranando sus notas, y la brisa juega con ellas entre la arboleda...

¡Ay de tí, Fóscaari!... ¡ésta es la noche en que el odio de Michieli ha preparado tu muerte! ¡los puñales florentinos, dagas traidoras, te rondan por el jardín!... ¡Inocente al peligro, ríes, enamoras a tu novia, idealizas el porvenir; y no sabes que tras los jazmineros y rosales unas pupilas malvadas, fulgurantes como carbunclos, vigilan tus movimientos!... ¡Así es Venecia! ¡al lado del placer está el crimen; junto a las risas florecen las lágrimas!

¡Más no estás solo: alguien vela por tí; ese alguien es una mujer; esa mujer es el amor!... ¡Entre la farándula que bulle, dos máscaras que saben todo el plan contra tí, te buscan, con ansiedad, para salvarte!... ¡Indagan por los salones, recorren las galerías, escudriñan los grupos; ya bajan la escalinata del jardín!

Junto a una fuente, velada por la sombra, tres dominós negros con vivos rojos, se reúnen sigilosamente.

—¡Cuando la campana de la iglesia dé la media noche! ¡no olvidéis; verde y lazos rosa! ¡herid en el corazón!

—¡Descuidad, señor! ¡Esperadnos junto al jarrón grande de la escalera!...

Y los tres enmascarados se apartan; y sus siluetas se pierden entre los frondosos arbustos.

Allá, por el ancho camino central va Fóscari; su dominó verde distínguese de lejos, con la profusión de luz. Ha pedido un instante de permiso a la princesa para saludar en el salón a sus padres... De pronto una mano se posa en su hombro y una voz conocida le susurra.

—¡Soy Leonello! ¡seguidme! ¡os va la vida!... — Y ambas máscaras suben juntas la escalinata... Las lámparas de estilo oriental, guarnecidas de cincelados, quiebran la luz en sus facetas de vidrio... La orquesta preludia un vals; lloran, hondamente, los violoncelos...

Y la hora se acerca; los sicarios aguardan, confundidos entre la concurrencia. Ya vuelve de los salones, un dominó verde, lazos rosados... Míranse significativamente los conjurados. Fóscari se dirige hacia la gruta azul. Y tras él va una ronda de alegres dogalinas que quieren saludar a Elena Contarini... La princesa sonríe... Suenan doce campanadas lentas en San Juan y San Pablo... Los violoncelos sollozan más tristes que nunca, y sus postreras notas se extinguen como un gemido...

Ha terminado el vals; grupos bullangueros se internan por los canteros, anhelando aire fresco... La ronda salta, retoza, unidas las jóvenes de la mano; llega el dominó verde...

—¡Cuánto habéis tardado! — dice amorosamente Elena.

¡Pero, ay, la traición ha llegado también con la farándula!... ¡Entre la algazara de las dogalinas un puñal ha rutilado como un relámpago y se ha hundido en el pecho del dominó verde!... Alrededor de la máscara caída remolinea el tropel de disfrazados; y hay gritos, y desmayos, y espanto...

¿Quién fué el criminal? ¿quién lo vió? ¿por dónde ha huído?... Ya no hay música; los enmascarados parecen personajes siniestros; bajo los antifaces las pupilas se interrogan...

—¡¡Jaboco!! ¡¡Jacoboco!! — clama desgarradamente la princesa, pugnando por llegar hasta el muerto...—¡¡Traición!! ¡¡traición!!— corren gritando algunos servidores... Las puertas del palacio se han mandado cerrar.

Mas ¿qué misterio es éste? Jacobo Fóscari está ahí, vivo; llega, se acerca a la princesa, le infunde ánimo... ¿quién es el muerto?

Una mano levanta el antifaz negro de la víctima... ¡Y el rostro angelical de Blanca Michieli aparece como una azucena tronchada por ráfaga fatal!... La ineógnita no se desvela. La tragedia continúa, como un buho, sobre la glorieta azul. Unas máscaras huyen, otras se aglomeran... La floresta del jardín está sombría. La luna,

nos de hierro. Resplandecen en la escalera suntuosa del interior las trémulas arañas de cristal. Multiplican los biselados espejos el radiar de las luces... Y la mascarada, como un río de colores, sigue penetrando bulliciosamente en los salones. Los disfrazados buscan orientación y se dispersan; unos hacia los dueños del palacio, otros en pos de la aventura, algunas parejas en procura de la penumbra propicia para el poema íntimo... Las orquestas continúan vibrando, con acordes melodiosos; y el torbellino de los danzarines gira, gira vertiginosamente, con júbilo, con la voluptuosidad del ritmo, en una combinación de trajes que subyuga, embriaga, fascina... Por las puertas, bajo los cortinajes de seda, corren hacia el jardín innumerables máscaras: hermosas venecianas vestidas de Colombinas y Casandras, que bajo el negro antifaz sonríen enseñando doble hilera de perlas; trovadores de laúd terciado; cruzados incógnitos; arlequines de cuadros rojos y negros, con el tintineo de los cascabeles... Las frondas empiezan a sentir rumor de besos y suspiros... Las glorietas y los bancos, iluminados con globos rosados, verdes, violáceos, oyen declaraciones de amor o quejas de celos... Por los senderos vagan dominós errantes y alguno que otro Pierrot melancólico...

En uno de los refugios floridos — “la glorieta azul” —, descátase un grupo singular: la princesa Contarini y algunas damas de su intimidad, libres del antifaz, comentan la fiesta. Ella luce blanco cuello de encajes flamencos sobre el traje oro y rosa; y sus trenzas rubias combinan armoniosamente con el vestido... Sonríe la princesa: a su lado, un dominó verde, con lazos rosados en los hombros, la galantea... Es Jacobo Fòscari... La música sigue desgranando sus notas, y la brisa juega con ellas entre la arboleda...

¡Ay de tí, Fòscari!... ¡Ésta es la noche en que el odio de Michièl ha preparado tu muerte! ¡los puñales florentinos, dagas traidoras, te rondan por el jardín!... ¡Inocente al peligro, ríes, enamoras a tu novia, idealizas el porvenir; y no sabes que tras los jazmineros y rosales unas pupilas malvadas, fulgurantes como carbunclos, vigilan tus movimientos!... ¡Así es Venecia! ¡al lado del placer está el crimen; junto a las risas florecen las lágrimas!

¡Más no estás solo: alguien vela por tí; ese alguien es una mujer; esa mujer es el amor!... ¡Entre la farándula que bulle, dos máscaras que saben todo el plan contra tí, te buscan, con ansiedad, para salvarte!... ¡Indagan por los salones, recorren las galerías, escudriñan los grupos; ya bajan la escalinata del jardín!..

Junto a una fuente, velada por la sombra, tres dominós negros con vivos rojos, se reúnen sigilosamente.

—¡Cuando la campana de la iglesia dé la media noche! ¡no olvidéis; verde y lazos rosa! ¡herid en el corazón!

—;Descuidad, señor! ;Esperadnos junto al jarrón grande de la escalera!...

Y los tres enmascarados se apartan; y sus siluetas se pierden entre los frondosos arbustos.

Allá, por el ancho camino central va Fóscari; su dominó verde distingue de lejos, con la profusión de luz. Ha pedido un instante de permiso a la princesa para saludar en el salón a sus padres... De pronto una mano se posa en su hombro y una voz conocida le susurra.

—;Soy Leonello! ;seguidme! ;os va la vida!... — Y ambas máscaras suben juntas la escalinata... Las lámparas de estilo oriental, guarnecidas de cincelados, quiebran la luz en sus facetas de vidrio... La orquesta preludia un vals; lloran, hondamente, los violoncelos...

Y la hora se acerca; los sicarios aguardan, confundidos entre la concurrencia. Ya vuelve de los salones, un dominó verde, lazos rosados... Míranse significativamente los conjurados. Fóscari se dirige hacia la gruta azul. Y tras él va una ronda de alegres dogalinas que quieren saludar a Elena Contarini... La princesa sonríe... Suenan doce campanadas lentas en San Juan y San Pablo... Los violoncelos sollozan más tristes que nunca, y sus postreras notas se extinguen como un gemido...

Ha terminado el vals; grupos bullangueros se internan por los canteros, anhelando aire fresco... La ronda salta, retoza, unidas las jóvenes de la mano; llega el dominó verde...

—;Cuánto habéis tardado! — dice amorosamente Elena.

;Pero, ay, la traición ha llegado también con la farándula!... ;Entre la algazara de las dogalinas un puñal ha rutilado como un relámpago y se ha hundido en el pecho del dominó verde!... Alrededor de la máscara caída remolinea el tropel de disfrazados; y hay gritos, y desmayos, y espanto...

¿Quién fué el criminal? ¿quién lo vió? ¿por dónde ha huído?... Ya no hay música; los enmascarados parecen personajes siniestros; bajo los antifaces las pupilas se interrogan...

—;¡Jaboco!! ;¡Jacoboco!! — clama desgarradamente la princesa, pugnando por llegar hasta el muerto...—;¡Traición!! ;¡traición!!— corren gritando algunos servidores... Las puertas del palacio se han mandado cerrar.

Mas ¿qué misterio es éste? Jacobo Fóscari está ahí, vivo; llega, se acerca a la princesa, le infunde ánimo... ¿quién es el muerto?

Una mano levanta el antifaz negro de la víctima... ;Y el rostro angelical de Blanca Michieli aparece como una azucena tronchada por ráfaga fatal!... La incógnita no se desvela. La tragedia continúa, como un buho, sobre la glorietta azul. Unas máscaras huyen, otras se aglomeran... La floresta del jardín está sombría. La luna,



con su lividez cadavérica, sigue alumbrando la escena fantasmagórica; en su faz percíbese la perenne mueca macabra...

Una sola persona está en el secreto: es Leonello, el platero. Anodado por el desenlace se ha arrodillado al lado de la infortunada Blanca y le cierra, piadosamente, los ojos...

VIII .

Junto al jarrón grande de la escalera, Michieli, disfrazado, aguardaba el final de su plan... Repentinamente un tropel de máscaras asustadas pasó a su lado; oyo una voz que le decía: ¡ya está!... Bajo la seda de un dominó negro, vió brillar un puñal ensangrentado... Y trémulo, convulsionado, bajó los peldaños de mármol, antes de que el palacio fuera cerrado, embarcándose en una de las góndolas que esperaban junto al recibimiento.

Dos golpes de remo y ya está lejos de la mansión del crimen... Huye la góndola; en el fondo del camarote obscuro va Michieli, horrorizado de sí mismo... Parece que los canales se estrechan, que forman un laberinto del cual no puede salir... Y que el agua se pone roja... Y sube... sube, como una marea de sangre...

¡Ah, si su hija adivinara su delito!... ¡ella, que es el único sér que lo ama!... ¡en todo el día no lo ha visto!...

Y la visión roja vuelve a su mirada... Y ahora el agua parece reflejar el rostro lívido de un muerto que le mira fijamente...

Llega, por fin, a su palacio. Sube a saltos las escaleras. Entra en sus aposentos... ¡La casa está funeralmente silenciosa!... Llama a Blanca; siente que se ahoga; un sudor frío corre por sus sienas...

Su hija no responde: no está... Y, en el peroxismo de un terror que le domina a pesar suyo, penetra en la alcoba de ella; el lecho aparece vacío; en el tocador hay una carta... Dice el papel:

"Mi sacrificio no será estéril; si el puñal del bandado que habéis pagado, me hiere, libraré de la infamia el honor del apellido. Voy a salvar a Jacobo Fóscari".

—;Maldición! ruje Michieli, con los ojos fuera de las órbitas, con el cabello erizado con los puños crispados como zarpas... Y, cual si aquel grito fuera un conjuro, tres enmascarados, de capilla y traje negro, como los esbirros del Consejo de los Diez, surgen del fondo de la habitación.

—;Stefano Michieli! — dice lúgubrementemente uno de ellos —: en nombre del Consejo, estáis preso por traidor a la República!

Unas horas más tarde, en uno de los callabozos revestidos con láminas de plomo, sobre los techos del palacio ducal, Michieli, con-

vertido en un guiñapo humano, yacía bajo la acusación terrible de mantener correspondencia secreta con el duque de Milán, enemigo de Venecia.

IX

Los florentinos, al huir del palacio "Contarini puerta de hierro" donde asesinaron a Blanca, corrieron hacia la góndola de un tal Silvio Crivelli, natural del Piamonte, capaz de vender su alma al diablo por una moneda de oro. Era este gondolero el más tristemente célebre de los de su oficio. Y aunque complicado en los más sombríos dramas que sucedían en Venecia, nadie lo acusaba, pues a todos les era útil y se decía que sabía muchos secretos, como para hacer temblar a toda la nobleza del "Libro de Oro".

En su góndola, los bandidos dirigiéronse a la tienda del armenio; quien esperaba con luz encendida su llegada, para pagarles el trabajo y así facilitarles la huida esa mañana misma.

El Rialto, a tales horas, era de los lugares más solitarios de la ciudad. Como allí quedaban las tiendas y los mercados, los habitantes, gente madrugadora y de trabajo, dormían profundamente. Al llamado de los sicarios, el armenio entreabrió la puerta y les hizo pasar a la trastienda del bazar.

—¡El asunto está concluído—dijo el florentino llamado Renato—; así que podéis cumplir la orden del patricio!...

Y frotando el pulgar con el índice dió a entender que deseaban el pago de su crimen.

—Muy bien — repuso el armenio, observando a los sujetos de arriba a abajo —; ya tenía reservada la cantidad comprometida...

Y levantando la tapa de un cajón de mercaderías, sacó de allí una bolsa, a través de cuyo tejido brillaban monedas de oro.

—¡Aquí tenéis! — dijo—. ¡No diréis jamás que en Venecia no se cumplen los compromisos! — Y sonrió con malignidad.

En ese instante, el más alto de los bandidos se acercó a un crucifijo que pendía en una pared.

—¡Hola! ¡con este regalo os quedaría agradecido toda la vida! ¡es un marfil precioso! — dijo...

El armenio, que estaba dando la bolsa a Renato, se volvió hacia su compañero:

—¡Está encargado por...

Y no pudo seguir. Unas manos de hierro le taparon la boca y un acero helado se le hundió en el costado izquierdo. El viejo cayó hacia adelante, arrojando un vómito de sangre...

—¡Maestro el golpe, Octavio; tienes una mano certera!... — Y agachándose al cuerpo, todavía caliente del tendero, Renato el florentino, quitóle la cadena con la llavecita.

Poco trabajo les costó dar con el "cofre" presentido. Era una pequeña caja de madera, con cerradura artísticamente forjada. Los bandidos la abrieron, codiciosamente. Pensaban encontrar en ella joyas, piedras preciosas... y quedáronse pasmados al ver que únicamente contenía cartas.

—¡Papeles! — dijo con desdén y asombro, Octavio.

El compañero tomó uno de ellos y vió el sello del Duque de Milán y la firma de "Felipe María"... Tuvo un temblor repentino.

—¡Hemos errado! — exclamó —. ¡Este viejo era un espía de Visconti!... ¡Huyamos!...

Y sin preocuparse de saquear la tienda ni de buscar la muchacha, que dormía al final de las habitaciones, los dos bandidos, tomando la bolsa de oro y envolviéndose en las capas, salieron apresuradamente de aquella casa... Sobre una mesa quedaron en desorden las comprometedoras cartas... En el Oriente empezaba a apuntar una ligera faja blanquecina: era el día, que se anunciaba...

X

Un mes más tarde, en hermosa mañana de sol, alejábese una barca sobre las aguas del Adriático, con dirección al Norte: su doble vela latina le daba el aspecto de una mariposa extraña.

Los pescadores que pasaban junto a ella, veían en su cubierta una pareja de jóvenes, absortos en la contemplación de la ciudad distante, que no se preocupaban de la belleza del mar. Eran Leonello de Foggia y su Amilda, la sobrina del armenio, que abandonaban Venecia con rumbo a Nápoles, donde el rey Alfonso de Aragón protegía el arte y las letras. El orfebre llevaba cartas de Fóscari para el monarca. Después de los sucesos acaecidos, Leonello no había querido permanecer más en aquella ciudad trágica, a pesar de que en las fiestas de los esponsales del hijo del Dux, su triunfo con la magnífica fuente de plata fuera singularmente ruidoso...

Fóscari lamentó profundamente que su amigo no quisiera permanecer en Venecia; pero no consiguió disuadirlo de tal idea... y, deseoso de protegerle, recomendábale a su aliado el rey de Nápoles.

Leonello, feliz de poder llevarse su Amilda, libre y rica después del asesinato de su tío el tendero, no quiso alejarse de Fóscari sin revelararle la abnegación de Blanca Michieli, quien, enterada del plan contra él y del disfraz que llevaría, había ofrecido su vida en sacrificio para salvarle.

—Mientras nosotros hablábamos en el balcón — díjole el artista —, sobre el peligro que os amenazaba, Blanca que estaba en el salón, con un dominó igual al vuestro, bajó seguramente al jardín para confundir a los asesinos... Luego el artista había agregado: ¡ella os amaba! ¡yo lo adiviné!...

Y por eso en las exequias de Blanca Michieli, llamaba la atención una guirnalda entretejida de azucenas y lirios, puesta sobre el ataúd por mano incógnita... ¡Era el humilde recuerdo con que el corazón agradecido de Jacobo rendía su tributo a la muerta!

De Michieli nada se supo: los pozos del palacio Ducal o las aguas cenagosas del canal Orfano, guardaron el secreto de la sentencia, pues los papeles hallados en la tienda de armenio eran terriblemente acusadores. En cambio los asesinos de Blanca y del tendero no fueron habidos; quizás irían a continuar sus fechorías en otra de aquellas ciudades de Italia donde los principios de Maquiavelo tenían intenso culto.

.....  
Cuando ya la ciudad, como envuelta en transparente cendal dorado, empezaba a hundirse en la lejanía, Amilda, dando un suspiro y envolviendo al platero en cariñosa mirada, dijo:

—¡Qué dichosa me siento al lado tuyo! ¡parecíame que salgo de una horrible pesadilla!

Leonello volvióse hacia la borrosa perspectiva de occidente, y concentrando en ella, intensamente, su pensamiento y su vista, repuso:

—¡No, no hemos soñado amada mía!... ¡allá queda Venecia, la ciudad fantástica del amor y la muerte, de la luz y la sombra, del dolor y la risa!... ¡en ella, como en una gruta maravillosa, el genio de los siglos pasados urde el telar de su trágico destino! ¡en ella se extingue una edad de brillo falso; triste, ignorante, compleja!... Nosotros vamos hacia la realidad... hacia la vida...

Y al rodear con su brazo el talle de la joven, en tanto la barca navegaba velozmente sobre el mar, pareció que por la frente de aquel artista, iluminado por su quimera interior, pasaba como una bandada de ideales la gran visión futura del Renacimiento...

*Julian de Charra*

*¿Cuál es el mejor  
reconstituyente?*

**SARGOL**

*Pídanlo en todas las*



*farmacias y*



*droguerías.*

# "HIERRO NUXADO"

Prodigioso descubrimiento de la ciencia médica moderna, que creará una era nueva de mujeres hermosas y hombres hercúleos.

Después de prolijas investigaciones científicas, tendientes a producir un medicamento de fácil ingestión, que fortifique el organismo, dándole



vigor, se ha encontrado que el "hierro" era la sustancia que llenaba aquellos fines; pero su administración producía ciertos trastornos en el estómago, dañando además la dentadura que se ennegrecía con su empleo.

El problema quedaba entonces circunscripto a buscar un preparado de "hierro" que no causara aquellos inconvenientes y permitiera obrar al "hierro" sus benéficos resultados.

Y bien, la cuestión ha sido resuelta en forma satisfactoria, obviándose radicalmente su acción maléfica sobre el estómago y los dientes, y haciendo aun más eficaces los beneficios que el "hierro" indiscutiblemente ejerce en el organismo humano, que lo fortifica, al punto de convertir a los que lo usan, en verdaderos atletas.

Este producto ya depurado, se denomina "Hierro Nuxado", y su rápida di-

fusión, a consecuencia de los efectos inmediatos y satisfactorios que está produciendo, es la mejor prueba de su bondad y crédito.

Millares de casos atestiguan su eficacia, en todos los países europeos y americanos.

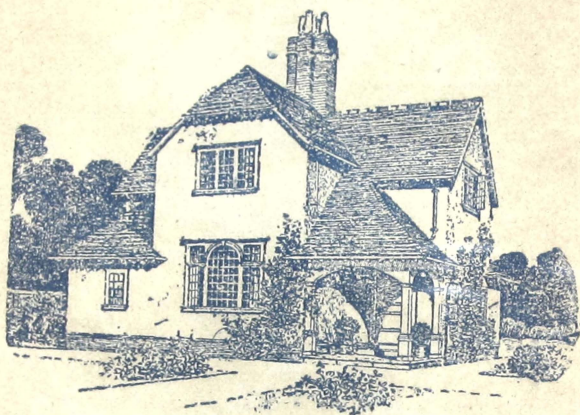
---

En venta en todas las Farmacias y Droguerías.

Único representante para la República Argentina:

**L. F. MILANTA - calle Rivadavia 1255 - Buenos Aires**

EL AMUEBLAMIENTO  
≡ DE SU CASA ≡



*Thompson*  
*Muebles Ltda*

FLORIDA 833

BUENOS AIRES